

ra. Sombrenil, con generoso desprendimiento, sin haber estipulación en favor de sí propio, contestó que consentía en que los soldados fueran considerados como prisioneros de guerra, pero que deseaba que se permitiese á los emigrados embarcarse. Accedieron á estas condiciones Humbert y los oficiales que se hallaban presentes, aunque no medió en ellas el consentimiento de Hoche; y concluida que hubo sido esta capitulación, despachóse por entre la resaca, hácia la corbeta, á un oficial que con suma dificultad llegó á su bordo, la cual contuvo sus terribles fuegos luego que hubo sabido lo noticia (1).

(1) Jom., VII, 171. Lac., XII, 350. Beauch., III, 509, 520, 521, 522.

Humbert avanzó con bandera blanca y dijo á gritos á fin de que le oyesen todas las tropas de la línea: "Deponed las armas; rendíos; no perderán la vida los prisioneros." Al mismo tiempo solicitó tener una conferencia con el general de los realistas. Adelantóse Sombrenil, y despues de haber estado por espacio de algunos minutos en conversacion con el gefe republicano, se volvió á sus tropas y dijo á voz en cuello que habia celebrado capitulación con el general enemigo. Muchos de entre sus oficiales, que estaban mas al tanto que él de la falsía de los republicanos no quisieron dar crédito á las promesas de estos y digeron que era mejor pelear hasta el último trance. "¿Qué!" dijo Sombrenil. "¿dudareis de la buena fé de un frances?" "Tan bien conozco," contestó Lanlivy, "la buena fé de los republicanos, que me atrevó á asegurar que seremos sacrificados todos." Su profecía fué demasiado cierta.

Los desventurados fugitivos, entre quienes habia un considerable número de mugeres que se habian aglomerado en derredor de sus últimos defensores, viendo esto arrojáronse impelidos por la desesperacion á las olas prefiriendo una muerte pronta á los pausados tormentos que estaban seguros les harian pasar sus vencedores. Descargábanles los republicanos á la cabeza desde la playa, al paso que muchos de los oficiales realistas, deminados por el despecho, se atravesaban con sus espadas, y otros perdian las manos, pues al querer tomar refugio en los esquifes que cargados de prófugos se retiraban, tenían que cortárselas para que hubiesen de desahirse. Muchos individuos se ahogaron, pero muchos otros se salvaron merced á la destreza é intrepidez que desplegaron las tripulaciones de los esquifes de la escuadra inglesa que se aproximaron á recogerlos (1). Uno de los últimos botes que abordaron á los buques ingleses conducia al duque de Levis malamente herido. Era tal la muchedumbre que se habia acumulado en la playa, que los esquifes de la escuadra se tenían que mantener á cierta distancia temiendo irse á pique con el gentío que se precipitaba á ellos para embarcarse. "Acercaos," gritaban los franceses á los individuos que los tripulaban; "solo queremos que os lleveis á nuestro general que está desangrándose de muerte." A esto agregó el

(1) Lac., XII, 350. Jom., VII, 168, 169. Th., VII, 499. Beauch., III, 526, 527.

porta-estandarte del regimiento de Hervilly, "lo único que os pido es que salveis mi bandera, y despues moriré contestó;" y con heroica abnegacion de sí mismos embarcaron a su caudillo y su bandera y volvieron el pecho á los fuegos republicanos que no tardaron en sepultarlos en el fondo de las aguas.

Tallen, á quien habia enviado la Convencion á la bahía de Quiberon y á quien Bárbara crueldad que ejercieron los republicanos. invistiera con plenos poderes como comisionado del gobierno, hizo un uso atroz de su victoria y arrojó una indeleble mancha en la gloria que hubiera debido resultarle del triunfo que Robespierre alcanzara. No obstante las condiciones de la capitulacion en que entráran con los realistas Humbert y aquellos de sus oficiales que habian concurrido á la accion, mandó que los prisioneros, que ascendian á 800 hombres fuesen conducidos á Auray y encerrados en las iglesias que habian sido transformadas en cárceles provisionales, y él se marchó á Paris, donde, por medio de un apasionado parte que dió, logró que el gobierno desatendiese la capitulacion y bañase sus manos en la sangre de los hombres mas nobles de la Francia. "Los emigrados," dijo, "esa vil reunion de bandoleros que sostiene Pitt, esos execrables autores de cuantas calamidades lamentamos, han sido arrojados á las olas por los valientes soldados de la República; empero les han repelido las olas sobre la cuchilla de la ley. En vano han enviado parlamentos para lograr obtener condiciones;

¿qué vínculo legal puede existir entre nosotros y esos rebeldes si no es el de venganza y muerte?" De acuerdo con esta opinion decretó la Convencion que se diese muerte á los prisioneros, á pesar de todos los esfuerzos que hizo Hoche que se inclinaba á la clemencia [1].

No tardaron estos desgraciados en ponerse al tanto de la suerte que les esperaba, y el comportamiento que desplegaron en el último trance hizo tanto honor á la causa realista cuanto desprestigió á la causa de la República el sacrificio que de ellos se hacia. Los ministros del Altísimo penetraron en aquellas mansiones donde en breve habia de entrar la muerte y la fé cristiana prestó fuerzas en el postrer instante á sus numerosos habitantes. Un anciano sacerdote cubierto de suciedad y harapos, que era uno de los pocos que se hubiesen salvado del encono de los republicanos, era el que presentaba los consuelos de la religion á aquella multitud de presos. Las últimas palabras que profiriesen fueron preces por su rey y su patria y el perdon de sus enemigos. Dieron á los verdugos los vestidos que conservaban en su poder. Fué tal la impresion que produjo aquel patético espectáculo, que aun los soldados republicanos, que se habian educado agenos de todo senti-

[1] Lac., XII, 355. Beauch., III, 530. Jom., VII, 170.

miento religioso, se enternecieron hasta verter lágrimas y tomaron parte, con la cabeza descubierta, en las ceremonias que por la primera vez de su vida presenciáran (1).

Cuando se les condujo ante la comision militar que debia juzgarlos, tuvo á menos Sombreuil hacer observacion alguna en favor de sí propio; pero protestó en los términos mas solemnes que en la capitulacion habian quedado garantizadas las vidas de los suyos y que el acto de privarles de ellas era un crimen que ni Dios ni los hombres perdonarian. Cuando marchó al lugar de la ejecucion no permitió que se le vendasen los ojos; y cuando se le dijo que se arrodillase para recibir la mortal descarga contestó despues de haber reflexionado un momento, "Así lo haré, pero doblo una rodilla á Dios y la otra á mi soberano." Las demas víctimas que le siguieron insistieron en las condiciones de la capitulacion con vehemencia tal que se vieron los oficiales republicanos en la necesidad de suspender la ejecucion; pero obstinóse la Convencion en desoír los ecos de la humanidad y mandó que á todos se les aplicase la pena: 711 víctimas perecieron con una entereza digna á la verdad de mejor suerte. La compasion de los soldados á quienes se encargára cometer la matanza y la humanidad del comisionado sucesor de Tallien, hicieron que se salvarsen los demas fugándose. Estas escenas de barbarie representáronse en

(1) Lac. XII, 356. Beauch., III, 529, 530, 539.

un prado que esta á las inmediaciones de Auray, hácia el cual conservan hasta hoy la mayor veneracion los pobladores de la comarca que le denominan el campo de los mártires (1).

Los maltratados restos de la expedicion de

Quiberon desembarcaron en la isla de Houat donde á poco se les reunió otra mas expedicion de

Rápida decadencia de la causa realista en la parte occidental de Francia.

Inglaterra, fuerte de 2 mil hom-

bres, que tomó posesion de la isla de Dios donde el conde de Artois tomó el mando. Los insurgentes de la Vendea marcharon á las órdenes de Charette, formando tres columnas, á los Arenales de Olona con el ánimo de incorporarse á la expedicion; pero anduvo Hoche tan enérgico y tan activo en sus medidas, que no tardaron en verse acometidas estas tropas por fuerzas superiores y obligadas á buscar asilo en la selva de Aizenay donde se dispersaron. Al mismo tiempo estallaron en la Bretaña varias insurrecciones parciales; pero por falta de concierto entre los caudillos realistas, ningún resultado produjeron. La expedicion inglesa, no habiendo encontrado la cooperacion que esperára, abandonó la isla de Dios por no ser de utilidad alguna para apostadero marítimo, y con el conde de Artois se regresó á la Gran Bretaña. Desde este momento el entusiasmo de los realistas fué aceleradamente amortiguándose en todas las provin-

(1) Lac., XII, 356, 359 Beauch., III, 532, 539. Jour., VII, 171.

cias de Occidente; los esfuerzos de los chuanes y vendeanos limitáronse á insignificantes guerrillas, hasta que totalmente hubo de extinguirse el partido el siguiente año á consecuencia del fuerte ejército que tuvo á sus órdenes Hoche, á quien dió el Directorio el mando en jefe á la conclusion de la campaña, y en virtud de las hábiles disposiciones que tomára. Causa dolor reflexionar cuán diverso habria sido el resultado de la campaña si hubiese querido la Inglaterra hecer uso de su vigor en esta lucha, y si en vez de desembarcar en la costa unos cuantos miles de hombres erizados de bayonetas hubiese enviado á 30 mil veteranos para que hiciesen frente á los republicanos hasta que las fuerzas realistas se hubiesen organizado al punto de poder operar con las tropas de línea (1).

La situacion de los ejércitos que se hallaban en las fronteras septentrional y oriental, era la misma que guardáran á la conclusion de la última campaña; pero la fuerza y utilidad de ellos habian disminuido de una manera singular durante el crudo invierno y la primavera que se siguieron. Habíase confiado á Moreau el mando del ejército del norte que estaba acampado en el territorio de la Holanda, á Jourdan del Sambre y Mosa, que estaba estacionado en el Rhin, á las inmediaciones de Colonia, y á Piche-

(1) Beauch., 540, y IV, 29. Mig., II, 402. Th., VII, 483. Jom., VII, 56, 240, 249.

gru el del Rhin que estaba acantonado en el espacio comprendido entre Maguncia y Estrasburgo. Pero todas estas fuerzas encontrábanse en extrema penuria á consecuencia del descrédito del papel moneda con el cual se le satisfacian sus

pagas, y hallábanse totalmente desprovistas de los necesarios útiles para entrar en campaña. No tenian ni cajas para pertrechos

ni caballos, ni almacenes; estaban casi desnudos los soldados, y hasta los generales se veian con frecuencia faltos de los objetos mas indispensables á la vida por haberseles suspendido los ocho francos que antes formáran el insignificante y preciso suplemento á sus sueldos que se les pagaba en asignados.

En cambio los que estaban situados en territorio de pais extranjero hacian por compensar, por medio de contribuciones que imponian á los pueblos vencidos, la falta de su paga nominal, y el lujo en que vivian formaba un extraño y doloroso contraste con la miseria que padecian aquellos de sus compañeros que estaban estacionados en el territorio de la República. Jourdan no tenia ni los útiles necesarios para construir un puente con que pasar el Rhin, ni los suficientes caballos para mover su artillería y bagajes; y Kleber al frente de Maguncia, no poseia ni aun la cuarta parte de la artillería ni los pertrechos indispensables para establecer el sitio de esta plaza. Habíase relajado la discipli-

na con motivo de los dilatados padecimientos de las tropas, y la imacion que es consiguiente á semejante estado de miseria habia disminuido su marcial esfuerzo. Considerable número de individuos, aprovechándose de la lenidad de las autoridades despues de la caída de Robespierre, habíanse vuelto á sus hogares, y el gobierno, bien lejos de resolverse á haerles volver á sus banderas, no se atrevia ni aun á reunir conseriptos en el interior que les reemplazasen. Otros muchos desertores hubo que se dirigieron á París donde se apresuró con gusto la Convencion á formar de ellos batallones que la defendiesen de la furia de los jacobinos. No tardó en difundirse la noticia de que los desertores descansaban en el interior sin que hubiera quien les molestase; y esta circunstancia hizo que cundiese en grado tal el contagio que en breve tiempo se habían regresado á sus casas tantos individuos cuantos podian componer la cuarta parte de la fuerza efectiva. Los soldados juzgaban que ya habían hecho bastante por su patria con haber repelido al enemigo de sus fronteras y fijado en el Rhin sus pendones; los generales, dudosos de su autoridad; no se atrevieron á tomar medidas de rigor contra los refractarios; y los que permanecian en el ejército, desalentados por la ausencia de tantos de sus compañeros, se encontraron sobrecogidos de aquel abatimiento que es el segurísimo precursor de la derrota.

Los austriacos, por otra parte, habiendo hecho

los mayores esfuerzos durante el invierno para reforzar á sus ejércitos, y no habiendo experimentado hasta entonces aquella debilidad que habían causado á los republicanos los extraordinarios esfuerzos que impendieran, hallábanse en mejor estado que estos tanto en número como en disciplina y equipo. Sus fuerzas hacia el Rhin habíanse aumentado á 150 mil hombres incluyendo en ellas los contingentes de la Suavia y de la Baviera, al paso que las de los franceses situados en la misma frontera, aunque nominalmente ascendian á 370 mil hombres, solo podian presentar 144, 450 en el campo de batalla [1]. Pe-

(1) La distribucion de las fuerzas republicanas al principio de la campaña era la que sigue, en tropas efectivas, esto es, deduciendo de ellas las que estaban en destacamento y los enfermos.

	En servicio activo.	De guarnicion.	Fuerza nominal incluídas las guarniciones.
En el Norte.....	67,910	29,900	186,230
En el Sambre y Mosa.....	87,630	66,000	170,300
En el Rhin y Mosela.....	56,820	96,800	193,670
En los Alpes.....	14,000	4,800	21,000
En Italia.....	27,500	24,000	93,500
En los Pirineos Orientales.....	43,290	4,000	82,790
En los Pirineos Occidentales..	33,780	5,000	75,180
En Occidente.....	42,000		70,200
En las costas de la Bretaña.....	51,000		78,400
En Cherburgo.....	26,000		37,700
	449,920	223,600	958,930 *

* Jour. VII, 56.

ro era tal el estado miserable á que se hallaban reducidas estas tropas, que estaba la caballería casi completamente desmontada, y no podia Jourdan apartarse ni unas cuantas jornadas de donde tenia sus recursos hasta que no logró procurarse 25 mil caballos para el servicio de su artillería (1).

El Rhin, ese magestuoso rio que por tanto tiempo sirvió de límite al imperio romano, separaba á los dos ejércitos beligerantes desde los Alpes hasta el Oceano. Las tropas imperiales tenían la ventaja de encontrarse en posesion de Maguncia. Habíase puesto á este baluarte del imperio en el mejor estado de defensa, y podian los aliados, por su medio, hacer sin riesgo una irrupcion en la márgen izquierda del enunciado rio. Sin embargo de esta gran

Junio 24.

ventaja, fué tal la consternacion que produjeran en ellos sus anteriores descalabros, que permanecieron inertes en la orilla derecha del rio hasta fines de Junio en que el mariscal Bender, habiendo agotado todos sus medios de subsistencia y no viendo espe-

Inaccion en que estuvieron desde el principio los aliados.

ranza alguna de que se se le prestasen auxilios, se encontró en la necesidad de rendir la importante fortaleza de Luxemburgo al general republicano (2). En este lance cayeron en manos de los

Pérdida de Luxemburgo.

(1) Jom. VII, 38, 59. Saint-Cyr, III, 33.

(2) Th., VII, 435. Jom., VII, 61.

vencedores 10 mil hombres y un inmenso tren de artillería.

En tanto que las fuerzas imperiales dejaban de este modo que el baluarte del Bajo Rhin pasase á poder del enemigo, ocupábase el príncipe de Condé, en el Rhin superior, en celebrar una negociacion por medio de la cual esperaba proporcionar á los príncipes de la casa de Borbon las fortalezas fronterizas de la Alsacia. Este personaje, cuyo reducido cuerpo de tropas formaba parte del ala izquierda del ejército austriaco, encontrábase en correspondencia con los descontentos del citado territorio, y por estos supo que no era Pichegru hombre que cerrase la puerta á todo convenio. Este militar ilustre hallábase, en verdad, disgustado por muchas razones, tanto de la situacion en que se encontraba su país, como de la que él mismo guardaba. Lo mismo que aconteciera á Dumouriez y á Lafayette, habíanle horrorizado las atrocidades que la Convencion perpetrara, y no veia esperanza de una mejora estable, atendiéndose á la debilidad y desunion del gobierno que la sucediera; y por otra parte, la mísera situacion á que, á la vez que todo el ejército, se veia reducido por el descrédito de los asignados con los cuales se les pagaba, indisponiale tambien contra un gobierno que de aquel modo recompensaba los relevantes servicios que á su patria prestára. Mientras duraron los excesos que cometiera el Terrorismo, Pichegru y los individuos de su ejército, en vez de

Negociaciones secretas entre Pichegru y los aliados.

acatar las sanguinarias órdenes de los dictadores, hicieron cuanto les fué posible para proporcionar á sus víctimas los medios de emprender la fuga. Cuando se promulgára el bárbaro decreto de que no se diese cuartel á los ingleses, tomó la generosa resolución de negarse á ponerlo en práctica. Sus soldados, despues de la conquista de Holanda, presentaron un raro ejemplo de disciplina; y el dominio que sobre ellos habia adquirido impidió que se entregasen á los desórdenes que cometieron las fuerzas de Dumouriez despues de la conquista de Flandes. En estas circunstancias, cosa muy natural era que un general que habia asegurado la independendencia de su país por medio de sus armas, hiciese por establecer su prosperidad interior erigiendo en él un trono constitucional; y es incontestable que entabló correspondencia con el príncipe de Condé para el logro de este objeto. Los historiadores republicanos dicen que fueron varios los motivos que contribuyeron á que faltase Pichegru á la confianza que en él se tenia; que estos fueron el haber tenido que poner freno á su pasión á los placeres á consecuencia de lo limitado de su paga, pues aunque constaba de 4 mil francos mensuales, quedaba reducida á solo cieto, por la baja que habia sufrido el papel moneda en el cual se le satisfacía, y el habersele ofrecido el baston de Mariscal, el gobierno de Alsacia, una pension de 200 mil francos, el castillo y bosque de Chambold y un millon de numerario en mano. Sobre este particular no se han presentado has-

ta el dia pruebas evidentes; pero lo que hay de cierto es, que despues de seis meses de misteriosas comunicaciones, cortó bruscamente Pichegru las negociaciones y se preparó á cumplir con las órdenes de la Convencion abriendo la campaña (1).

Wurmser, á quien habia confiado el gabinete de Viena el mando de sus fuerzas en el Alto Rhin, se estuvo sin dar paso alguno hasta principios de Setiembre. Atemorizados uno de otro, ocupaban los ejércitos contrarios una y otra márgen del Rhin sin intentar en lo mas leve molestarse. Las fuerzas de Wurmser, incluidas las que tenia de guarnicion, ascendian á 80 mil hombres; y las de Clairfayt, incluyéndose igualmente las que estaban de guarnicion, eran en número de 96 mil. El formidable estado de defensa en que se habia puesto á Maguncia, no dejaba esperanza alguna de que se la tomase sino era sometándose á un asedio de toda forma; y una escuadrilla de lanchas cañoneras que tenian los aliados en el Rhin, les daba el dominio, no solo del rio, sino aun de las numerosas islas que tiene en su seno (2).

Habiéndose proporcionado al fin Jourdan los materiales necesarios para formar un puente, preparóse á pasar el rio á principios de Setiembre.

Atraviesan los republicanos el Rhin. Setiembre 6, 1795.

[1] Th., VII, 441. Lac. XIII, 86. Jom., VII, 62, 67. Saint-Cyr, 63, 71, 85.

(1) Jom., VII, 179. Saint-Cyr, VII, 96, 97.